
DICE QUE MÉXICO ES LA FÉNIX *a pluma suelta*

Por Héctor Azar

De los aleros caen las gotas sobre el asfalto de mi ciudad, vivida como inmensurable mancha urbana. Son gotas de lluvia densa y salina que no se absorbe al suelo, sino que queda ahí perlando de sudor el cuerpo de esa concreción oleaginosa, que nos impide reconocernos francamente, encontrarnos con seguridad, intercambiar palabras y emociones que favorezcan la vida coherente; esa urbanidad que posee el alma colectiva al manifestarse congruente con su manera de ser y estar. Ya tiene rato nuestra ciudad pareciéndose a un inmenso protozoo, que emite pseudópodos para desplazarse arbitrariamente, sin saber a dónde ir, sin que haya alguno que le indique el rumbo.

1980 sorprende a la Ciudad de México transformada en dieciséis ciudades. Cada una de sus *delegaciones* alberga, en promedio, más de un millón de habitantes. Ese año empieza la década en la que comenzaron a nacer los primeros ciudadanos del siglo XXI; además, se inicia el periodo generacional -30 años- de aquellos a los que les será dado vivir el primer centenario de la Revolución Mexicana.

El descubrimiento sobrecogedor de 16 ciudades en una -aparte de que la Ciudad de México propone la imagen de un mitológico monstruo de 16 tentáculos-, pronto se volvió un estereotipo en la retórica del servidor público, con el cual éste trata vanamente de justificar su ineficiencia. Desproporción versus eficacia administrativa. Cliché que, en lo que va de la presente década, ni convence ni satisface y sí en cambio habla mucho de la falta de imaginación, al parecer endémica, de la casta gobernante, la que se ha visto forzada a aplicar paliativos populistas y remedios caseros en desuso, cuyos efectos se agotan aun antes de entrar en acción. Los observadores admiten que la megalópolis dejará de presentar síntomas de patología grave, en cuanto se atiendan -con criterios totalmente distintos a los usuales- cada uno de los organismos que, descomponiendo al monstruo, lo "componen".



DE QUE HE LLEGADO A ESTA CIUDAD FAMOSA

En 1938, salí de esa villa medieval que sigue siendo mi pueblo. Obligado éxodo de la familia provinciana hacia la capital del país. En ese viaje se inició un tránsito encendido —a manera de crepitante transfiguración existencial— que me traía de la aparente quietud de un pintoresco villorio a un barrio lumpen y reo de la gran urbe, entonces todavía dentro de la dimensión humana. Urbe que, de entrada, me anticipó un conglomerado humano que, en pocos años, habría de desbordar los límites de lo comprensible y razonable de la convivencia social. En el mercado de Tacuba —el trazo de la parábola va del

municipio de Atlixco al antiguo pueblo de Tlacopan...— no aprendí a sobreponerme al espanto del ser humano en lucha abierta por la conquista del espacio vital; mercado pre-uruchurtiano éste, semejante a cualquier batahola quintomundista, en donde la gente y sus hediondos lodaceros, los torpes asnos transportadores de vigas y huacales, los xipetecs cargadores y sus tres reatas de color diverso uncidos a la recia frente... Todo esto disputando acre y bárbaramente el espacio en el cual vivir, en el cual vender, y por el que se trazaban, riesgosamente, las vías de los trenes armatostes, igual que pa-

quidernos amarillos. En ese año, las gasolineras renovaron su atuendo pintándose con los colores patrios: cambiaron su bomba manual por otra eléctrica y, en lugar de las marcas ajenas: *Esso, Mobil-Oil, El Águila*, etc., empezaría a repetirse obsesivamente las siglas de *Petróleos Mexicanos*. Cuarenta años después, estos expendios de gasolina se pondrían a la moda con las bombas de computación y, para el efecto, repintarían los verdes, blancos y colorados de sus muros, con la chillante combinación azul-naranja, también dictada por la computadora.

CENTRO DE PERFECCIÓN, DEL MUNDO EL QUICIO

Una ciudad aquella de “distinto amanecer” todos los días; de “diferente (y amistosa) visión” proporcionada por la incisiva y dulzona radiofonía de la *Voz de la América Latina desde México*, la cual suministraba la enérgica señal conductista de que “20 millones de mexicanos no pueden (podíamos) estar equivocados”. Partes importantes de esos millones, se arremolinaban en los mercados de la ciudad, lo mismo que en las interminables colas de los cines, que anteriormente fueron hangares de desecho; los camiones transportaban a los pasajeros en racimos y más de una vez chocaron con el ferrocarril que cruzaba las calzadas muy quitado de la pena. El 10 de mayo de todos esos años, Candelaria, la yerbera que vendía ramos de limpia, se desgañitaba en su desesperación: —*Hoy se vende pura madre!*

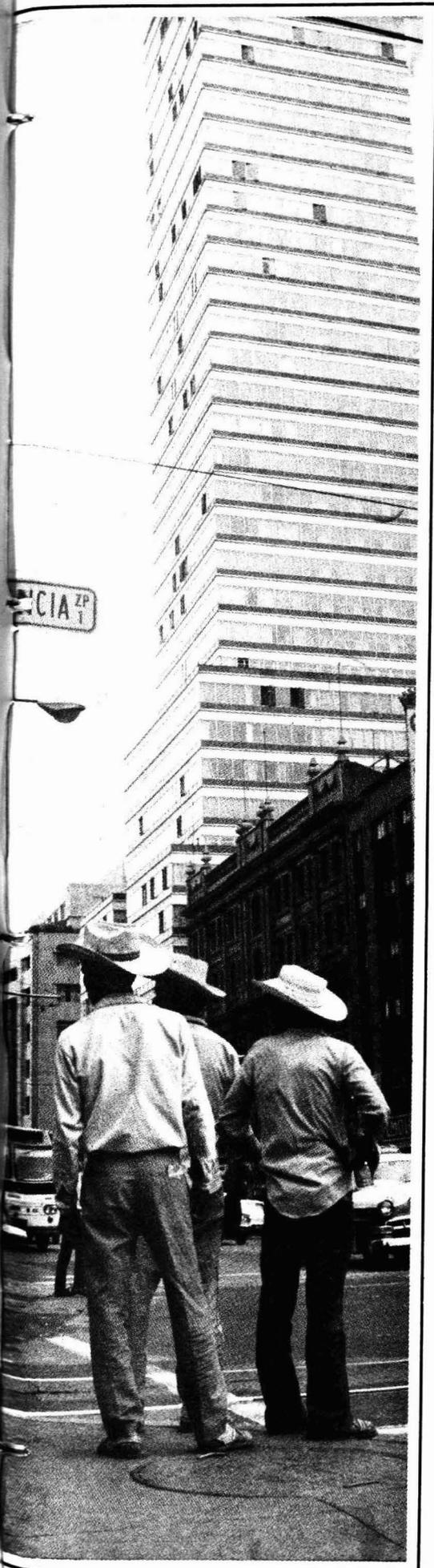
Las mayorías no llegaron a advertir, en las letras melódicas de sus *boleros*, que los buenos sentimientos nacionales surgidos en torno de la mesa de cantina del invierno romántico, producían acedías amorosas, raquitismo intelectual, pobreza aguda de un espíritu colectivo acostumbrado a no aprender jamás a disfrutar el sabor de la fruta madura. Los *boleros* cuaresmeños: el *bolero de Raquel*, los *grasa-boleros* de Lara, el *bolero suba y dígame a esa ingrata / que aquí la espero / que ya me voy...* Y dígame que “estoy pensando en mi madre (y en mi ciudad) que fue, también, mujer” *Boleros* de la cuarentena bélica, en los que la Ciudad de México, en medio de apagones resolutivos, participó de la guerra:

*Vengo a decirle adiós
a los muchachos,
porque lejos me voy
para la guerra...*

Y el corrido:

*¡Faja de Oro! ¡Potrero del llano!
¡pabellón del honor mexicano!*

Letra y música que nos conducía a brindar nuestra cuota de energéticos, racionamientos, conscripciones dominicales y explosiones demográficas. La voz del constituyente tabasqueño Félix F. Palavicini llenaba de esperanza las vibras radiofónicas: —*Hasta aquí hoy, continuaré mañana...* para que México entero recogiera la lección alegremente y se dispusiera a hacer lo mismo. La ciudad, con esta salida institucional, había adquirido un cliché que la quitaría de concluir las tareas.



SU ASIEN TO, SU GRANDEZA POPULOSA

Producto de la posguerra, empieza a configurarse un estilo político ininteligible: “el siete bandas”. Importada llegó Jeanette Macdonald para inaugurar pomposamente la XEX, cantando “Amor indio” sin Nelson Eddy; pasaban al olvido los estridentistas mexicanos y su buen humor que nos dejó rupturas, hallazgos lamentablemente fechados y circunscritos a las necesidades de la vida en el arte tratando de vivir en la política. Apareció la *Nueva Grandeza Mexicana* de Salvador Novo, a través de una crónica política creadora de compromisos internacionales y de supuestos paraísos, igual que entelequias de superabundancia que ahora vemos perdida, y que el único camino que inauguraron fue la actual brecha que hace a los pobres más pobres y a los ricos más ricos. Este impulso político –“el siete bandas”– característicamente mexicano (descendiente, quizás, de aquel otro caudillista: “el siete leguas”), genuino producto de la Revolución, que vendría a configurar las reglas del ajedrez *polaco*, con estrategias, escaramuzas, madruguetes y sugerencias, manipulado todo ello por los virtuosos (los dueños de la “areté”), los pontífices y sus vicarios, que han sido convocados al banquete neoplatónico del poder.

La ciudad se desarrollaba con el mismo ritmo que le proponía el *plan sexenal* en turno. El país entero se estremecía con la *Carrera Panamericana* que le anuncia al mundo que México ha entrado de lleno a la era jet, al ritmo febril de la velocidad vertiginosa / El chofer presidencial llega a Ciudad Cuauhtémoc, con su Cadillac totalmente desvelado / Los 50s y la televisión. Por las avenidas de la gran ciudad, se empieza a sentir el deslizamiento elegante y sofisticado de los trolebuses, como anticipación y consecuencia de la nacionalización de la industria eléctrica. Los trolebuses desplazarán a unos tranvías aerodinámicos, más paquidérmicos que los amarillos, aunque ahora estarán pintados de anaranjado. Los *troles* van por la ciudad presagiando la inminente construcción del *Metro*: también del llamado *anillo periférico* (?), cuyo primer tramo –de la *Unidad Independencia* a *Ciudad Satélite*– surge mágicamente, quiero decir, sin que la ciudadanía advirtiera claramente su construcción. Este *anillo periférico*, poco después, va a estar acompañado de otro extrañamente concéntrico, llamado *circuito interior*, quién sabe por qué razón; el que, a ratos, corre paralelamente al otro, luego lo intercepta, a veces lo cruza y lo interrumpe, dejando como consecuencia grave una ciudad carente de criterio urbanístico. Por su desmesurado crecimiento vecinal, junto con las atractivas “facilidades” que las empresas automotrices ofrecen para adquirir automóvil, los cochetenientes no han aprendido aún a transitar civilizadamente, dando lugar a insoportables barullos de tránsito difíciles de resolver. Largos tramos de la ciudad se han visto ensanchados para conducir fatalmente a opresivos angostamientos en forma de embudo urbanístico.

Síndrome de periféricos: al frente, *todos* me impiden el paso; detrás, *todos* me presionan para poder pasar. El gobierno ofrece justificaciones al caos pidiendo excusas: “Disculpe las molestias que les causa esta obra... poética” (Efraín Huerta).

De los 50s para acá, las calles de México han dejado la impresión de pertenecer a una ciudad permanentemente bombardeada: lotes con destino final como estacionamientos: “El zar de los estacionamientos”. Si no, las bardas prefabricadas del mitológico *Señor Gorbea*: *Bardas Gorbea*.

SUS COSAS RARAS, SU RIQUEZA Y TRATO

Pasan 30 años para que se tome la medida urgente de empezar a enfrentar enérgicamente los problemas de la vialidad, que estimulan los impulsos agresivos de la ciudadanía. Se propone la creación de los llamados *ejes viales*, como una posiblemente buena solución. Los *ejes viales* van de allá para acá, partiendo a la ciudad en un arbitrario reticulado, que borra el vetusto y adecuado concepto de *barrio*, para convertir a la megalópolis en un amargo film, cetrino y opaco, que en su proceso de edición quiere contarnos la tragicomedia que transcurre desde los charcos de Ciudad Nezahualcóyotl hasta las criptas flotantes de Jardines del Pedregal, de las colmenas sórdidas de *Viverolandia* (sic) a las cavernas de Santa Fe. Una masa coloide, amorfa, insisto que muy semejante a un inmenso protozooario, en cuya descomposición inor-

gánica coexisten, sin mezclarse, dos que tres México invertebrados, espermáticos, mutilados y no fácilmente reconciliables: el *México que va a dormir* precisamente al extremo opuesto de donde labora; el *México productor* sobre el *México servidor*; el *México del tiempo compartido* con el *México del tiempo es oro*. Los *Méxicos de tarjeta*: el que la checa y el que la muerde. Méxicos todos estos que sueñan en la aspiración –legítima por



cierto– de llegar a tener por lo menos un coche para ir de un lado a otro de su ciudad.

/Al pie de los semáforos computarizados y, por ende, desincronizados, de los *ejes viales*, una abigarrada cofradía de clowns, lanzallamas, limpiadores de parabrisas, se arremolinan en derredor de los carros en alto, confundidos con personajes de la picaresca urbana que ofrecen las más variadas mercaderías: peluches, aguacates, pericos,... la ruta de los klee-nex, la de los chicles Adams, la de los mameyes, la de los muebles antiguos, la ruta del sexo, etc. Representan personajes de la epopeya del hambre; del deterioro cultural en su apogeo, a través de las variadas formas del deterioro social. Situaciones límite, en las que la gente acuña un cliché que la libra de responsabilidades: “*Así es en México*” /

SU GENTE ILUSTRE, SU LABOR POMPOSA

Siete décadas y media han transcurrido desde que la Revolución Mexicana propuso un proyecto de vida en nuestro país, el que a la fecha no se ha podido alcanzar. El *honesto trabajador* que se espera de cada uno de nosotros, parece no tener cabida en el contexto del México posrevolucionario. El deterioro social, fomentado por los soberanos de la política, nutre ese río revuelto en que los pescadores son los únicos que llevan las de ganar. Para existir en la conciencia de los estadistas, sólo la proposición de conflicto le da al ciudadano derecho de audiencia, y la creciente hostilidad de una constante que condena a la gente a la práctica perversa de sus relaciones. Así, los problemas rebasan siempre la capacidad de resolución del gobierno, que se sorprende impedido de procurar siquiera el mínimo de los servicios públicos. Entonces, se reacciona mediante formas degradadas que hacen que los impulsos creativos se pudran antes de madurar. La mugre, el cochambre; el soborno, el cohecho; aquello de “la corrupción somos todos”. Ausencia total de lo ético como destino manifiesto.

Las calles muladares, los baldíos basureros, el atropello y la injuria como únicas formas de relación humana... son acres testimonios de la inconformidad de la gente, con todo lo que la rodea; con su propia vida. En medio de la catástrofe económica de esta década, pregunta cándidamente el histrión: –*¿Qué nos pasa?*, para que el viento contaminado le responda simplemente: –*Nada; la gente no puede estar de acuerdo con la manera como la gobiernan.*

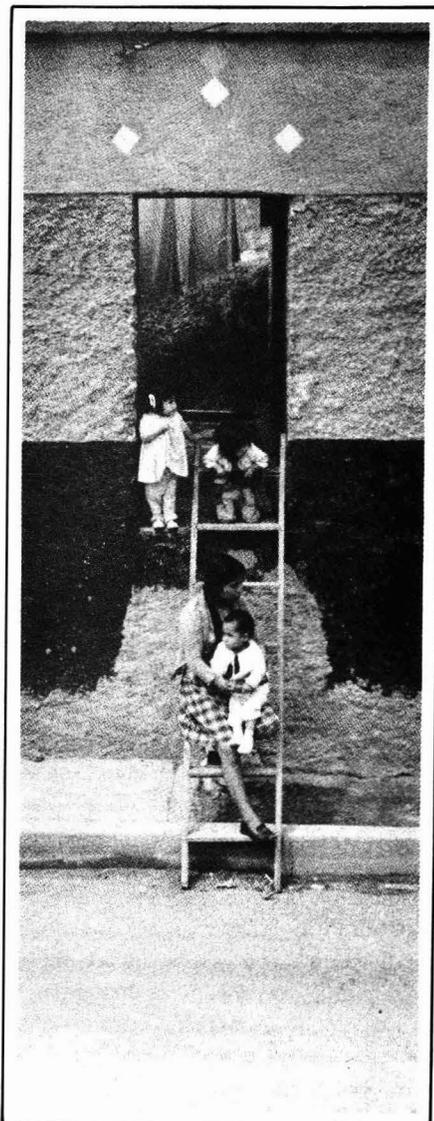
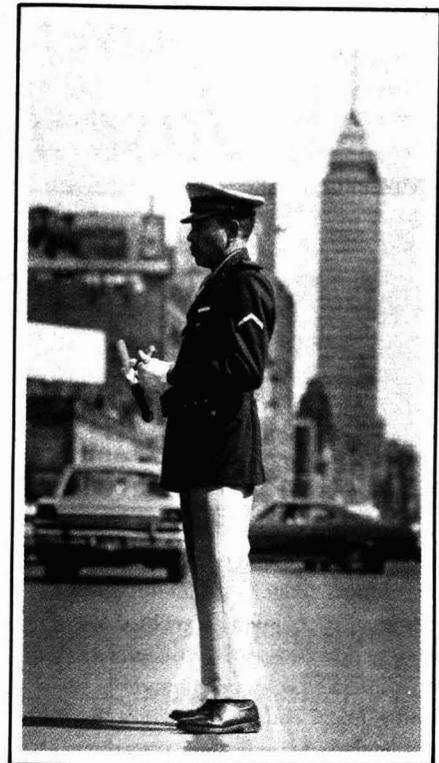
Todo esto que cumple muchos años de edad en la conciencia del intelectual y en la indiferencia del sistema político; ambos a dos igual que vasos in-comunicantes. Todo esto que se hizo presente, patente, en la unidad habitacional –ironía– Nonoalco-Tlatelolco, cuando la raza obedeció fielmente su signo trágico –el de las tres culturas mal asimiladas–, para certificar que su casa se convertía en el escenario de una sangría inútil, la más lacerante del siglo mexicano. Ahí se dio la señal de que el país entero había entrado de lleno en ámbitos de deterioro inimaginados, en periodos de convivencia política francamente adversos a los intereses de las mayorías. Todo esto que dio lugar a que el pueblo entero quiera ser y estar en su casa, en su país, en su trabajo, en su ciudad... y no pueda.

CON BELLÍSIMOS LEJOS Y PAISAJES

¿Cómo deberá ser la capital de un país como el nuestro, a cien años de haber planteado su transformación política y social, sin haberla obtenido? La bola de cristal del pensamiento nos conduce a la búsqueda de lo razonablemente proyectado, sobre bases que trasciendan las verdades superficiales y aparentes. La ciencia nos procura el *por qué* de las cosas; las ciencias sociales, *el por qué de los hechos humanos*. Los países, sus campos y sus ciudades, son productos del talento creador de sus hombres, que los diseñan y los realizan para tratar de habitarlos en el disfrute de una convivencia armónica.

En este concepto se insertan abstracciones tan complejas como *nación, identidad, cultura, conciencia histórica, realidad económica, dignidad nacional, soberanía, democracia*.

Un nuevo concepto, también de *funcionario público* que sea capaz de proponer acciones apoyadas en la precisión conceptual de esas señales, recuperadoras lo mismo de la confianza que de la esperanza. Cuyo objetivo principal sea el de crear espacios en los que el *honesto trabajador* se desarrolle. Para ello, el nuevo funcionario habrá demostrado, mediante "currículum" inobjetable, su aceptación personal de que, en el fondo y por encima de toda acción política, prevalecen actuando los *valores éticos*, como principios generadores de los actos de gobierno.



BAÑADA DE UN TEMPLADO Y FRESCO VIENTO

La capital de la República empezaría por determinar una redistribución jurisdiccional del poder público, que favoreciera el paso de la actual *delegación* a otra figura que la imaginación creativa del legislador diseñaría, de acuerdo con la consulta a los ciudadanos letrados que deseen ejercer su derecho de opinión. Una entidad corporativa y funcional que permitiera la recuperación de los *barrios urbanos*, como una paráfrasis a ese otro de *falansterio* propuesto en el siglo pasado y que, en nuestro país, ha dado lugar a colonias obreras, comunidades agrarias; y, en la ciudad, a los llamados "multifamiliares". Barrios que recobren sin nostalgia el tesoro artístico del país, preservando y restaurando la arquitectura civil y religiosa que aún sobreviva a la incuria ciudadana, a la barbarie empresarial y a la indiferencia burocrática.

La distribución racional de los habitantes de una Ciudad de México de futuro inmediato, habrá de permitirle a su gobierno garantizar la coexistencia mediante dos factores esenciales: la *supervivencia tolerable* y la *seguridad pública*. Sin ellos no existe gobierno alguno capaz de asumir y

dictar acciones efectivas. La *supervivencia* favorecida por la redistribución de bienes y servicios: el buen gobierno entendido como administrador eficiente y democrático. La *seguridad pública* garantizada más allá de las formas castrenses, policiacas, que distancian y aíslan a los individuos de su enjambre social. Ya no el gobierno de la llamada *burocracia*, porque esta forma ha consagrado lo *burocrático mexicano* como la manera de evadir el cumplimiento de la función pública. La seguridad de los habitantes, como las áreas verdes de la ciudad; como un espacio donde la vida prospera. La tierra de todos, en la que se verifique sobradamente el magisterio de la educación.

...
**QUE BURLANDO LAS
EIDADES
YA SE VIVE, YA SE
MUERE,
YA SE ENTIERRA, YA SE
NACE.*◇**

* Subtítulos de Bernardo de Balbuena y de Sor Juana Inés de la Cruz